

CUENTA REGRESIVA

ÍNDICE

Capítulo I: Los Hijos del Valle.....	4
Capítulo II: El castillo de Mellum.....	37
Capítulo III: La amenaza.....	73
Capítulo IV: Comienza el conteo.....	111
Capítulo V: La conferencia de Suiza.....	155
Capítulo VI: Terror a distancia.....	188
Capítulo VII: El tiempo se agota.....	241
Capítulo VIII: Juego de dos.....	283
Epílogo.....	362

CAPÍTULO I:

LOS HIJOS DEL VALLE

Eran las diez de la mañana cuando una pequeña multitud ya se había congregado alrededor del campo de tiro con arco y flecha número cinco del principal centro de competición deportiva en Bonn, Alemania Occidental. La gran mayoría de los espectadores deseaban únicamente eso: observar al maestro en acción. Últimamente, el número de profesionales o simples aficionados al arco que deseaban retarlo había disminuido considerablemente.

Ocasionalmente, Hans Brandt disfrutaba de todo ello. No siempre estaba de humor como para demostrar a la gente sus destrezas, aunque aquel día era diferente: el sol brillaba a lo alto. Lo sabía porque el techo transparente dejaba pasar los rayos e iluminaba toda la galería de tiro. Como todos los días, había empezado a las siete de la mañana con más competidores quienes luego empezaron a irse o a sumarse al grupo de aterrados espectadores.

Cuando el francotirador realmente deseaba gozar de sus quince minutos de fama, únicamente le bastaba ir a aquel sitio y empezar a arrojar flecha tras flecha con una precisión milimétrica.

A una distancia de treinta metros, Hans Brandt tensó la cuerda de su moderno arco de titanio, retuvo la flecha

por algunos segundos mientras calculaba y luego la liberó. El dardo voló directo hacia su objetivo, sin problemas, al centro de la diana. Por respuesta, obtuvo verdaderas muestras de asombro: en el centro de su blanco había colocado una nuez de apenas tres centímetros de diámetro, logrando partirla a la mitad.

En el momento en el que tomaba una nueva flecha, dispuesto a realizar un segundo lanzamiento-aunque a más distancia-un sujeto alto se acomodó en la galería siguiente sin que los obnubilados espectadores lo notasen. Solamente cuando el motor eléctrico que impulsaba la diana de tiro rompió momentáneamente la concentración del jefe del GSG 9 y por ende, de su público, varios se volvieron en dirección al recién llegado.

El insistente ruido del motor eléctrico indicaba que el hombre aumentaba la distancia entre su blanco y él. Por ello, fueron ahora todos-incluyendo el propio Brandt-quienes ahora observaban la maniobra, intrigados.

Finalmente, el blanco se detuvo. Plenamente consciente de que ahora era él quien gozaba de toda la atención del público, se volvió hacia todos con una sonrisa esbozada en los labios. Se trataba de un sujeto alto, todo envuelto en una gabardina negra. Llevaba unos lentes del mismo color y era de cabello rubio.

-ese tipo de distancias son juego de niños. ¿No le gustaría probar algo mejor?-

El sujeto tendría unos cuarenta años, la edad de Brandt.

-¿y qué sugiere?-preguntó a su vez el interpelado-

-cincuenta metros para empezar está bien-

Brandt sonrió. No era nada nuevo para él.

-si desea empezar...

-no tengo inconveniente en que empiece usted, como iniciador del reto. Y veré si lo puedo superar-

El alemán sonrió para sus adentros.

-perfecto-

Del morral negro que todo el tiempo llevaba en su hombro derecho extrajo un arco fuera de lo común: uno del tipo inglés de tiro largo, de esos que usaban los soldados de la Edad Media en los campos de batalla.

-¿es original ese arco inglés suyo?-preguntó Brandt, fascinado-

-por supuesto. Conservo en mi poder algunos de éstos y algunas flechas de la época aunque la gran mayoría son hechas...

-por pedido. No son muy comunes. Eso lo sé-

-cierto-

Y sin mayores preámbulos, el sujeto tomó puntería, esperó por diez segundos y liberó la cuerda.

La flecha voló de un lado al otro de la galería en poco tiempo; a los tres segundos se escuchó el golpe sordo del lance al impactar en el blanco, justamente en el centro de aquél. Animada, la concurrencia prorrumpió en un atronador aplauso.

Y mientras, Brandt se había escabullido entre la muchedumbre. En el momento mismo en el que el nuevo retador alzaba sus manos victorioso, observó que el alemán se abría paso por entre sus admiradores, empuñando un arco inglés casi idéntico al suyo.

Solamente había salido en búsqueda de su propia arma.

-ya que disparó con uno de esos viejos pero confiables arcos de tiro largo, haré lo propio-

Y sin decir nada más, apuntó y casi simultáneamente liberó la flecha, dejándola en el centro de la diana de tiro. La gente de nuevo aplaudió la audaz maniobra.

-como usted propuso su reto, ahora quiero yo hacer el mío también-dijo Brandt-

Tranquilamente, oprimió un botón ubicado a su lado de manera que hizo retroceder la diana aún más.

-cien metros-

Y de inmediato, los espectadores se volvieron en dirección al retador.

-bien, será divertido-

-adelante, usted primero-

Esta vez, el sujeto se tomó el doble de tiempo. Y mientras, Hans Brandt no dejaba de preguntarse quién era su nuevo retador y entre otras cosas, qué pretendía al tratar de enfrentarlo.

Ahora la flecha silbó al salir disparada hacia su objetivo. Pero aún con el tiempo de más que se había tomado, el sujeto no logró vencer la torsión que lleva la flecha al ser empujada por la cuerda, lo que hace que el dardo oscile los primeros metros. Y en consecuencia, erró el centro *exacto* de la diana. La crispación de su semblante reemplazó la alegría que momentos antes sintiera.

-bueno, el dardo quedó dentro del último círculo por milímetros. Creo que sigue en la competencia-

-creo que es su turno-

De repente el sujeto pareció mucho más agresivo. Brandt sospechó que se trataba de un mal perdedor. Lo cierto es que pagaría cara la osadía de haber retado al más experto francotirador del GSG 9.

Volviéndose hacia su carcaj, seleccionó de entre todas aquellas amarillentas flechas una más reciente, ignorando las originales del siglo XII. Y todo porque estaba a punto de destrozar una de ellas.

Aunque había otra razón para ello.

Entonces se giró ante su campo de tiro, apenas visible a aquella distancia; esta vez se tomó diez segundos, luego de los cuales disparó finalmente. Su flecha viajó al centro de la diana. Y antes de que el sujeto dijera nada, ya se encontraba colocando un nuevo dardo. Ahora no fueron diez sino veinte segundos.

-me estoy durmiendo-comentó sarcásticamente el retador-

Pero Hans Brandt no permitiría que algo tan eximio arruinara su respiración táctica. Hasta que a los veinticinco segundos lo logró. Y cuando finalmente coordinó los latidos de su corazón con su respiración, disparó en una de las pausas entre diástole y sístole.

La flecha no solamente llegó al centro del blanco, sino que ocupó el lugar del dardo anterior...rompiéndolo desde la base y partiéndolo en dos.

Las flechas originales hechas por artesanos de la Edad Media tenían en la base una pequeña pieza de hueso de

cabra; allí iba la cuerda. Esto haría seguramente que una flecha bien apuntada se desviara y no partiera a la otra en dos. Aunque era de madera, la que había seleccionado Brandt no contaba con esta pieza en la base.

Así pues, había realizado la famosa hazaña de Robin Hood.

-espero que haya sido suficiente para despertarlo-
comentó Brandt, sonriendo-

Ahora no hubo aplausos. Un mudo silencio se impuso en la galería de tiro; los ojos abiertos y los semblantes pálidos estaban a la orden del día. Cuando finalmente salieron de su estupor, los espectadores estallaron en un grito de júbilo y admiración.

Harto de la atención del público, Brandt se despidió de su pequeño grupo de admiradores. Repentinamente, un entusiasta había corrido los cien metros para desprender las dos flechas, reclamándolas luego como suyas. Y mientras, el alemán escapó discretamente hasta donde tenía aparcado su Audi del sesenta y cinco. Camino de la galería, no había visto al retador. Entonces confirmó su presentimiento de que en efecto se trataba de un mal perdedor.

-creo que exageré. Le di con todo lo que tenía-